



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
 DIRIGIDA POR
 D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

EL CONDE DE ARANDA.

El pequeño pueblo de Siétamo, distante dos leguas de la memorable y antigua ciudad de Huesca, vió nacer en Julio de 1719 al insigne aragonés Don Pedro de Abarca y Bolea, conocido en la historia moderna con el título de conde de Aranda, cuya reseña biográfica vamos á presentar á nuestros jóvenes lectores.—Fué D. Pedro hijo de noble y rica familia, y muy joven aun, fué enviado á Bolonia, para que en aquella célebre y universal Escuela adquiriese la ilustracion que más adelante ha-



El conde de Aranda.

bia de colocarle en los más altos destinos del gobierno. En sus largos y continuos viajes adquirió vastos conocimientos, y aun libertad en el pensar, y habiendo ingresado muy joven en la carrera de las armas, era ya general de mucha fama á los cuarenta y tres años. En virtud del célebre tratado conocido por *Pacto de familia*, Carlos III sostuvo guerra con Inglaterra, secundada por Portugal; y en todos los casos de aquella lucha se encontró Aranda demostrando su valor y sus relevantes prendas militares. Conoció Carlos el mérito del con-

de, y tuvo á bien colocarle al frente del ejército, con lo que Aranda tuvo ocasion de introducir en la milicia la táctica del gran Federico de Prusia y otras importantísimas reformas.

El 23 de Marzo de 1766 estalló en Madrid un motin contra el ministro Esquilache por atribuírsele ser autor de la orden dada por el Rey prohibiendo el uso de los sombreros *chambergos* y las capas largas. A pesar de haber restituido algun tanto la calma, el mismo Carlos no la creyó segura, hasta que habiendo destituido del cargo á Esquilache, llamó á Aranda, que á la sazón era capitán general de Valencia, y le confirió el alto destino de presidente del Consejo de Castilla. Logró Aranda con su prudencia y su carácter enérgico restablecer por completo la tranquilidad de la corte, en donde introdujo un ejército numeroso; hizo salir de Madrid á los que pudieran ser origen de nuevos disturbios por su mal vivir, y dividiendo la coronada villa en barrios y cuarteles, encontró un medio fácil de saber la conducta política de todos sus habitantes.

España debe á este hábil ministro muchas importantes reformas en la industria, en las artes y en la instruccion pública; contribuyó en gran parte á colonizar el olvidado país de Sierra-Morena; proyectó y llevó á cabo el primer censo estadístico que se ha publicado en la Nacion, y fué, en fin, uno de los que más concurrieron con sus consejos, con su laboriosidad y con su prudencia á hacer el reinado de Carlos III uno de los más felices que ha visto nuestra patria.

Disfrutó el conde de Aranda de una ilimitada confianza con el Monarca, hasta que olvidando que era su vasallo, díjole en cierta disputa *que le ganaba á testarudo*: tal era su carácter, que al fin le hizo caer del ministerio. Habíase malquistado con Grimaldi, y ambas causas contribuyeron á su desgracia, y no fué poco que se le nombrara embajador en Paris al dejar á su enemigo el alto puesto que ocupaba.

En 28 de Febrero de 1792, bajo el reinado de Carlos IV, fué llamado otra vez al poder, y luchando con Godoy, perdió al postre la partida, por oponerse á la declaracion de guerra hecha á Francia por nuestro gobierno. Retirado en Epila (Zaragoza), falle-

ció en dicha villa en 9 de Enero de 1798. Sus restos han descansado en el célebre y real monasterio de San Juan de la Peña, próximo á la ciudad de Jaca, hasta que en 1870 fueron exhumados y trasladados á Madrid á formar parte de las venerandas cenizas almacenadas en la iglesia de San Francisco.

HISTORIA DE ESPAÑA.

LA RECONQUISTA (CONTINUACION)

Ménos ilustrado y más débil D. Enrique que D. Juan, su padre, tuvo para su desventura un favorito aún más sagaz, pero ménos fiel, que D. Alvaro de Luna, porque Don Juan Pacheco, marqués de Villena, hechura de D. Alvaro, y su discípulo en la privanza, que le igualó en ambicion y superior en egoismo, no le imitó en la lealtad.

La ceremonia burlesca del destronamiento del Rey, dispuesta por los innumerados nobles de Arila en 1.^o de Junio de 1465, señala el punto extremo á que una clase soberbia y atrevida pudo llevar la insolencia y el desacierto, y la mayor irreverencia que jamás se hizo á la majestad del trono. Bien se lo pronosticó al vilipendiado monarca el obispo de Oviedo, D. Lope de Barrientos, con ocasion de otros insultos y humillaciones: "*Certifico-ros que donde agora quedaréis por el mas abatido rey que jamás ovo en España.*"

No es posible dejar de admirar aqui los misteriosos designios de la Providencia. "*Dios*" (ha dicho un célebre escritor de nuestro siglo) *saca bien del mal creado por los hombres;*" y la ceremonia verificada á 19 de Setiembre de 1468, en el campo de la venta llamada de los *Toros de Guisando*, en la provincia de Arila, ante nobles, prelados, procuradores y caballeros, en que el Rey suscribió á declarar solemnemente, por sucesora y legítima heredera del trono de Castilla, á su hermana D.^a Isabel I, cuyo juramento bendijo el Legado pontificio, y habian de ratificar luego las Cortes del reino, vino á demostrar la verdad de aquel axioma, pues la tal proclamacion, si bien desdolorosa para Enrique IV, encerraba el germen

y era el principio de la futura grandeza de Castilla y de toda España.

Seis años después, á los cincuenta de edad, entregaba Enrique IV su alma al Criador, en Madrid á 11 de Diciembre de 1414, y con él quedó extinguida la línea varonil de la dinastía de Bracamorta, que había regido el trono de Castilla por más de un siglo.

Hallábase por entonces esta Nación en uno de aquellos periodos de abatimiento, de pobreza, de inmovilidad y desquiciamiento, que inspiran melancólicos presagios sobre la suerte venidera de una monarquía, é infunden recelo de que se repita alguna de las grandes catástrofes que en circunstancias análogas suelen sobrevener á los Estados. La Divina Providencia no lo permitió; y cuando más inminente parecía la disolución de nuestra patria, ocupó el trono de Castilla una tierna princesa de diez y nueve años, nacida, segun unos, en Madrid, segun otros, en Madid, á 13 de Abril de 1451, hija de un Rey débil, y hermana del más apocado monarca. Esta tierna princesa es la magnánima Isabel, que enlazada á Fernando de Aragón, nacido en Sos á 9 de Marzo de 1452, y asociados en la gobernación de los reinos como en la vida doméstica, sus firmas van unidas como sus voluntades, y "*¿tanto monta*" es la empresa de sus banderas. El que les suceda, no será ya Rey de Castilla, ni de Aragón, sino *Rey de España*, y principiará la unidad monárquica.

Sentados ya en el trono los *Reyes Católicos*, arreglada la parte que cada uno había de tener en el ejercicio de la soberanía; terminada en la batalla de Toro la guerra de sucesión promovida por los partidarios de D.^a Juana la Beltraneja; buscado por este un pacífico refugio en el claustro del Convento de Santa Clara de Coimbra, donde al año siguiente pronunció los irrevocables votos que separan del mundo á la que los hace; y por último, sometido todo el reino á su obediencia, principiaron los nuevos monarcas la transformación interior del mismo en los

diversos elementos que constituyen su vida social.

Principalmente era de absoluta necesidad hacer de magnates rebeldes, auxiliares fieles del trono, y volver el mejor ornamento de la majestad á los que antes más la habían escarnecido; así como reducir aquellos guerreros discolos á generales obedientes, con otras penitencias reformas que lograron llevar á cabo merced á su hábil mezcla de dulzura y severidad, de templanza y de rigor, de premio y de castigo.

Verificadas por Fernando é Isabel tan saludables innovaciones; disminuido el poder de los nobles, y revocadas las donaciones reales contrarias á las leyes hechas durante los últimos dias del reinado de Enrique IV; incorporados á la corona los maestrazgos de los órdenes militares; reivindicados los derechos eclesiásticos pertenecientes á la regia potestad; restablecido el comercio, y restituida á la autoridad real la preeminencia que la correspondía; en una palabra, luego que hubieron dado tranquilidad á sus dominios, y consolidado así la fuerza adquirida por su union bajo un solo gobierno, fijaron su atención y su vista en aquella hermosa porción de España, donde con mengua de la cristiandad y desdoro del nombre español, venia luciendo triunfante la media luna musulmana cerca de ocho siglos. Reunieron un formidable ejército en Córdoba, y acometen la árdua y bélica tarea de concluir de expulsar de España la morisma, y principiando por las conquistas de Alhama, Lucena, Alora, Setenil, Lora, Cartama y Bonda, y siguiendo con la rendición de Loja, Illora, Vélez y Málaga, de Baza, Almería y Guadix, acaban por someter á obediencia á Granada en 5 de Rabié primero del año 897 (segun escribe un autor árabe), ó sea en 2 de Enero de 1492, con lo cual terminó la dominación árabe en España, y también el periodo de la reconquista de que hemos venido ocupándonos largamente.

ENRIQUE DEL CASTILLO Y ALBA.

Cuentos morales alemanes.

Version española de C. L. de C.

EL NIÑO MENDIGO.

Era en invierno, un invierno bien crudo. Los pobres, en sus sombrías y humildes moradas, sufrían la rigurosa estación, aunque era el fin del mes de Noviembre, y los grandes frios no llegan ordinariamente hasta el mes de Enero.

La villa de T. contaba entre sus indigentes un obrero lleno de familia, demasiado numerosa para sus recursos. Tenía cinco hijos, de los cuales el mayor contaba apenas nueve años, y el más pequeño estaba aun en la cuna. Los pequeñuelos estaban completamente abandonados, porque su padre

se preocupaba muy poco de aquellas cinco existencias que Dios le había confiado. La madre había muerto. Dios la había librado de los cuidados y dolores; pero su muerte dejaba á los pobres niños en la miseria más profunda. Mientras ella había vivido, no había dejado sacrificio alguno. Hacía calcetas, hilaba, y en el módico salario de su trabajo hallaba con qué dar á sus hijos sopa al menos todos los días, y recosía los harapos que por vestidos llevaban. Ahora nada de esto; nadie preparaba su sopa, nadie cosía sus vestidos destrozados. Su padre tomaba todas las mañanas su copa de aguardiente; por la tarde gastaba en la taberna su jornal, y todos los días enviaba á sus hijos á pedir limosna, con orden severa de entregarle fielmente todo el dinero que recogieran.



El padre volvía á su casa en un estado de embriaguez habitual, y hacía que le entregasen el dinero que habían recogido.

Enrique y Juana iban á la escuela de beneficencia por la mañana, y todo el resto del día lo empleaban en mendigar. Elisa no seguía á los otros á la escuela; corría las calles todo el día pidiendo de puerta en puerta. El menor de los niños, pobre sér abandonado, estaba en la cuna acostado entre sucios trapos, y no teniendo para alimento más que un poco de pan mojado en agua. Su hermana Rosa, de edad de tres años, quedaba sola con él todo el día. Casi siempre se echaba encogida en el trozo de estera que servía de cama á los mayores; y cuando el frío era insoportable, se envolvía entre la paja como un perrito.

Por la tarde volvían los otros, y entonces se comían los mendrugos que habían recogido. Hasta el niño de la cuna era alimentado con migajas de pan, como un pajarito, porque la leche, este alimento tan necesario á los niños, no la había probado desde que murió su madre.

El padre volvía á su casa en un estado de embriaguez habitual, y hacía que le entregasen el dinero que habían recogido. Una parte de este dinero servía para comprar al día siguiente un panecillo para el desayuno; era la única cosa de que se ocupaba este hombre descuidado, á causa de que yendo á la escuela los dos mayorcitos

no podían empezar á pedir hasta tarde. Lo que quedaba de las limosnas, despues de comprado el pan, lo destinaba á su aguar-diente.

A la miseria de los niños venían á unirse los sufrimientos de sus cuerpos. Juana, la mayor de las niñas, estaba tan contrahecha, que su pecho oprimido recibía apenas la cantidad de aire necesario á la respiración. Además, estaba medio baldada; no pudiendo hacer bastante ejercicio en invierno, tenía los piés helados, sus pobres piés, que no tenían ni medias ni zapatos, y estaban rodeados de trapos.

(Se continuará.)

LA NATURALEZA

¡Cuántas veces, mis muy estimados niños, habreis dirigido vuestra vista á los cielos y contemplado la inmensidad del espacio, la armonía y órden admirable de los astros! ¿No es verdad que al ver tanta magnificencia, os ha venido á la mente la idea de un gran artífice que ha hecho cuanto admirais, y que lo rige y gobierna todo? Pues este artífice á quien no veis, pero de cuya existencia no podeis dudar, porque teneis á la vista sus grandiosas obras, ese supremo artífice es Dios.

Pues bien: ese mismo Sér omnipotente hizo al hombre y le colocó sobre la tierra,



El Invierno.

poniendo á su servicio todo cuanto en ella existe. Hizo brotar de su seno cristalinas aguas para templar la sed y vivificar las plantas; criólas en prodigiosa variedad, como también las flores y los frutos, dándoles virtud alimenticia y medicinal, y dotándolas de incomparable belleza, para sustento, salud, comodidad y recreo del hombre y satisfaccion de sus necesidades; crió animales de toda especie, los cuales, como asimismo las plantas, tienen su asiento en la superficie de la tierra, mansion del hom-

bre, y de ella y de la atmósfera todos reciben los elementos necesarios para vivir, crecer y desarrollarse.

De la tierra extrae el hombre los metales con que fabrica la moneda y construye multitud de objetos para su seguridad, utilidad y recreo, las piedras con que edifica su vivienda, y las piedras y metales preciosos con que engalana su persona.

De la tierra reciben los animales los alimentos, y las plantas los jugos más apropiados á su nutrición, para servir despues

unos y otras de sustento al hombre y para su vestido.

Por esto no en vano damos á la tierra el nombre de *madre*, puesto que en ella encuentran todos los seres de la creación los medios de satisfacer sus necesidades respectivas. Y siendo tan señalados los beneficios que de ella recibimos, ¿no tendremos todos el sagrado deber de adorar y bendecir la mano omnipotente de Aquel que derramó sobre la tierra tan copiosísimos dones?

Veamos ahora, queridos niños, si sois capaces de decir quién ha hecho la tierra, para qué se ha hecho, qué objetos más notables hay en su interior y en su superficie, y qué destino tiene cada uno.

R. MONROY.

CORONA DE LA INFANCIA (1)

III

HABLANDO CON DIOS.

—*Padre nuestro, que estás en los cielos....*

—Espera. Cuando dices «*mamá mia*» ¿no sientes que se llena tu corazón con el cariño de este nombre? ¿no espermentas alegría al pronunciarlo?

—¡Oh! ¡sí!

—¿Y por qué?

—Porque te quiero mucho, porque tú me das cuanto deseo, porque me acaricias si estoy enferma, porque si caigo, eres la primera que vienes á levantarme; si lloro, ó me quejo, oyes siempre mi voz y corres á consolarme: te quiero porque no hay otra más buena que tú; te quiero, en fin... yo no sé por qué, pero ¡te quiero tanto!

—Bien, hija mia, bien. Ahora escucha: el primero de los mandamientos de la ley de Dios es amarle sobre todas las cosas.

—Sí

—Luego, si yo tengo dulces, juguetes y frutas que darte, se lo debo al Señor que hace y cria todas las cosas: agradéceselo pues á Él y no á mí: si yo te acaricio cuando estás enferma, Él hace más por tí, puesto que te alivia el dolor que sientes y te dá luego la salud. Él es bueno y misericordioso más que yo, más que todas las criaturas juntas, porque de Él nos viene toda bondad: piensa estas cosas, hija mia, cuando digas «*Padre nuestro*,» y sentirás en tu alma el mismo amor, gratitud y reverencia que sientes cuando dices «*madre*,» hácia ese Dios grande y omnipotente que siendo tan poderoso quiere que le llamemos «*Padre nuestro*.»

—Y al decirle *que estás en los cielos*, ¿qué debo pensar?

—Que algún día, si eres buena, estarás también á su lado en ese cielo donde Él ha-

bita y donde todo es alegría, felicidad, flores y luz. Sigue, pues, ahora.

—*Santificado sea tu nombre...*

—Al pronunciar estas palabras, debes, hija mia, sentir en tu corazón un deseo infinito de que siempre, en todas partes y á todas horas, sea alabado y enaltecido el nombre de Jesucristo: mil veces además, habrás oído por desgracia que en calles y plazas ofenden á Dios, ya hablando de Él sin reverencia, ya mezclando su nombre con horribles blasfemias; yo quiero, Luisa, que al decir esas palabras del «*Padre nuestro*,» desees con toda el alma que le bendigan los que hoy le injurian, que le santifiquen los que hoy le ofenden, que los hombres todos se humillen al pronunciar el nombre de Dios.

—*Venga á nos el tu reino...*

—Sí, hija mia, sí; pídele con fervor que sea nuestro su reino, pídele que algún día le veamos en él rodeado de gloria y majestad, y libres de las miserias y los pesares de este mundo de un día.

—*Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

—Cuando pronuncies estas palabras, piensa que el Señor, que sólo anhela nuestro bien, es la sabiduría eterna: que cumpliendo su voluntad, sujetándonos á sus mandatos, seríamos felices como los ángeles que le obedecen en el cielo: que en cambio de una vida de gloria sin fin, sólo quiere de nosotros un poco de humildad, un poco de sumisión á su divina ley.

—Y ¿cómo sabré yo hacer su voluntad por mucho que lo desee, si jamás me ha dicho lo que quiere que haga, si nunca le he visto ni he oído su voz.

—Cumpliendo sus santos mandamientos, que yo te explicaré también.

—¿Y nada más?

—Los padres, hija mia, son la imagen del Señor sobre la tierra; obedécelos, Luisa mia, sin replicar nunca, obedécelos de buena gana, y así harás la voluntad de Dios en este mundo como la hacen los ángeles en el cielo.

IV.

EL ÁNGEL DE LA GUARDA.

—Dime, mamá, ¿son los ángeles muy hermosos?

—Sí, hija mia, tan hermosos, que merecen estar siempre ante el trono de la Virgen alabándola y bendiciéndola con sus dulces cantares.

—¿Y qué más hacen?

—Librarnos del mal y guiarnos por el camino del bien.

—¿De veras?

—¿Pues acaso no sabes que tienes uno para custodiarte?

—¿El ángel de mi guarda?

—Sí. Cuando nacemos, Dios que quiere

(1) Véase el núm. 45.

en todo nuestro bien, destina uno de sus ángeles para que esté siempre á nuestro lado mirando nuestras acciones.

—¿Y las vé todas?

—¡Oh! todas: cuando son buenas sonrie lleno de alegría, y cuando son malas se entristece y suspira, al dar cuenta de ellas al Señor!

—¿Luégo el ángel de mi guarda le dice todo cuanto hago á Dios y á la Virgen?

—Y no sólo cuanto haces, sino cuanto dices y piensas.

—¿Y cómo puede acordarse?

—Porque tiene un libro donde va escribiéndolo. Cuando eres obediente, cuando rezas bien, y sobre todo cuando das una limosna, hace las letras con el oro de sus alas y con las rosas de su frente, y cuando eres terca, soberbia ó desaplicada, el ángel llora, y entonces escribe con lágrimas.

V.

EL PAN NUESTRO.

—¿Quiere V. que siga rezando, mamá?

—Sí, hija mia, sí; y sobre todo deseo que atiendas bien á lo que yo te digo.

—*El pan nuestro de cada día dánosle hoy...*

—Bien, eso es: pero al repetir todos los días esas palabras, ¿qué te ha ocurrido pensar, Luisita?

—¿A mí...? nada, mamá, nada más que decirlas.

—Pues escucha: Dios, como padre amoroso, ha previsto todas nuestras necesidades; más aun, porque en este mundo no sólo hay lo necesario para el hombre, sino tambien hay mil cosas para recrearle y distraerle.

—¿Para eso sirven las flores y los pájaros que cantan, y que tanto me divierten, es verdad?

—Sí, pero aunque todo está criado para nosotros, Dios, como árbitro supremo, quiere que se lo pidamos á Él con dos objetos: el primero para que reconozcamos que todo nos viene de su mano: el segundo para acostumbrarnos á recurrir á su bondad en todas nuestras necesidades.

—Y siendo cuanto hay en el mundo para nosotros, ¿se lo hemos de pedir todos los días?

—Ya lo crees; y si no lo comprendes bien, voy á convencerte de que así debe ser. ¿Para quién he comprado yo los dulces y las frutas que tengo en el armario grande?

—¡Toma! para mí y para mi hermanito Carlos, puesto que V. nos los dá todo á nosotros, siempre que se los pedimos.

—Y cuando no me los pedís tambien.

—Es verdad.

—Sólo os tengo prohibido que toqueis á ellos sin pedirme permiso, y esta prohibicion se estiende á todo lo demás, pues ya sabeis que os he dicho mil veces que os daré

cuanto querais, pero que habeis de pedirlo siempre, no tomando nada á hurtadillas, ni procurando que yo no os vea.

—¡Ah! ahora lo entiendo, pues como hijos de Dios tambien, quiere que no disfrutemos nada sin pedirselo primero.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

LAS MADRES.

*De padres á padrastros
hay cuatro leguas,
de madres á madrastras,
hay cuatrocientas.*

I.

—¡Quiquiriquí!...

—Canta el gallo

y con esta ya van tres.

Ea, muchachos, arriba que es cerca de amanecer.

—Todavía es muy temprano...

Padre, déjenos usted otro poquito.

—Que os deje cuando tenemos la mies clamando porque cuanto antes la vayan á recoger.

¡Ea, arriba, perezosos!

—Anton, déjalos: ¿no ves que están los pobres muchachos reventaditos de ayer?

—No, buena procuradora tienen en tí.

—Que se estén en la cama hasta que el gallo cante siquiera otra vez.

—Bien, que se estén... Estas madres los echan siempre á perder.

—Hombre, ¿qué quieres que hagamos?

—No haceros tanto de miel.

—Hijos de nuestras entrañas, ¿no los hemos de querer?

II.

—Muchachos, que ya es de día.

—Padre, ya estamos en pié.

—Ea, pues, á ver si hoy cunde la tarea más que ayer.

—Hombre, ¿sor algunos negros?

—Ya sales tú.

—Ya se vé que salgo.

—Pero, señor, que en todo se han de meter estas mujeres.

—Tratándose de mis chicos, con el rey me peleo yo... Hijos míos, ¿vais en ayunas? Bebed un poquito de aguardiente con un bollo. Os voy á hacer para almorzar unas migas que están diciendo: «comed.» Abrochaos esos cuellos, que con el sol, os poneis lo mismo que unos gitanos... ¡Válgame Dios de Israel que por más que una se mate no ha de poder nunca ver

arreglados á estos hijos!
Id con Dios.

—Hasta despues.

—¡Eres la madre... más madre
que se ha visto ni se vé!

—Déjame, Anton, ¡por los clavos
del Señor! ¿Y qué he de hacer?
Si su madre no los quiere,
¿quién ha de quererlos, quién?

III.

—¡Qué hermosa está la mañana!
¡Qué bien se está aquí, qué bien!
¡Desde esta ventana, un mundo,
un mundo entero se vé!
El aire de la mañana

lores va á recoger
al tomillar de los cerros,
y aquí los vierte despues.
Airecito que vertiendo
olores como la miel
en mi ventana suspiras,
¡que Dios te bendiga, amen!
Los mozos yendo á la vega
van cantando su amor fiel,
las mozas yendo á la fuente
le van cantando tambien,
y hasta los pájaros cantan
en el huerto no sé qué...
Anton, el sol de Dios sale
por detrás del huerto aquel...
¡Qué hermoso, Dios le bendiga!



Elementos de dibujo.

Anton, ¿no le quieres ver?
—Déjame de sol ni sombra,
que harto me abrasso con él.
¡Si no es el sol que tú miras
el que madura la mies.
Si el sol que tú miras son
tus hijos.

—Pues bien, ¿y qué?
¡Los hijos son el espejo
en que las madres se ven!
(Se concluirá.)

ANTONIO DE TRUEBA.

CHARADAS

1.^a

Me ofrecieron un *dos prima*
y un *dos tercia* me llevé;

porque no tuve el *dos prima*
¡qué lance más *todo* fué!

2.^a

Una prision es mi *todo*,
la *tercera* musical,
prima repetida risa
y la *segunda* vocal.

(Las soluciones en el próximo número.)

Solucion de la charada segunda del número 49:

CANARIO.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.